

Ejerciendo el liderazgo profético:

El don de animar

■ Denise Bergeron



Como buenos administradores de la multiforme gracia de Dios, pongan al servicio de los demás el carisma que cada uno ha recibido. (1 Pe 4,10).

¿Qué es la gracia de animar?

Animar es infundir el deseo y los medios para llevar a cabo o manejar una acción, para ayudar o sostener a alguien en una iniciativa intelectual o moral. Animar es infundir valentía, pero no llevar la carga. Es promover el logro de algo, es decir, aprobarlo. Incitar o llamar a la acción. Animar es alentar la creación de espacios necesarios para que el Espíritu Santo sea acogido por todas las personas y la comunidad. La gracia de animar es, pues, un componente del liderazgo profético.

San Pablo, en su epístola a los tesalonicenses, exhorta a sus hermanos a hacer todo lo posible para que todos y la comunidad crezcan y así se derramen los dones del Espíritu.

«Los exhortamos, hermanos, a que amonesten a los indisciplinados, animen a los apocados, sostengan a los débiles y sean pacientes con todos. Miren que nadie devuelva a otro mal por mal; esmérense siempre en hacerse el bien unos a otros y a todos. Estén siempre alegres. Sean constantes en orar. Den gracias en toda ocasión: esta es la voluntad de Dios en Cristo Jesús respecto de ustedes. No apaguen el espíritu, no desprecien las profecías. Examinenlo todo; quédense con lo bueno. Guárdense de toda clase de mal» (1 Tes 5,14-22).

El auténtico líder

Un auténtico líder es aquel que no tiene miedo de entregarse al Espíritu Santo, aquel que hace posible que todos los miembros pongan en uso los dones que hay en ellos, sean ordinarios o extraordinarios. Una comunidad así se deja guiar por el Espíritu Santo.

Siguiendo las huellas de san Pablo, se nos invita como hermanos de la Renovación Carismática a alentarnos unos a otros, para exhortarnos y ser pacientes recíprocamente en nuestro camino de fe, y sobre todo, para no ceder a la tentación del desaliento.

Como recuerda el papa Francisco en su exhortación apostólica *Evangelii gaudium* (párr. 264): «Para eso urge recobrar un espíritu contemplativo, que nos permita redescubrir cada día que somos depositarios de un bien que humaniza, que ayuda a llevar una vida nueva. No hay nada mejor para transmitir a los demás».

A través de su ser y sus palabras, el líder, por tanto, tiene la responsabilidad de despertar el deseo de avanzar en los caminos del Espíritu. Este es el viaje espiritual.

Por medio de su docilidad, perseverancia y fe, el líder se convierte en el gozoso siervo y pastor a la manera de Jesús, que guía, congrega y busca a los perdidos. Por su palabra de aliento, impulsa a las ovejas a ir más allá. Ayuda a que se liberen los dones que están en lo profundo de su corazón para que el Espíritu se manifieste y para darle toda la gloria a Dios. Animar a los demás es invertir en el poder de la comunidad.

La visión del líder

En primer lugar, ha de ser un visionario, con perspectiva para descubrir el potencial y los dones de cada persona. Se asegura de que la gracia de Pentecostés esté viva y presente en el grupo de manera que los carismas y ministerios no sean ejercidos por una sola persona, sino por toda la comunidad.

El líder se preocupa ante todo por el descubrimiento del carisma particular de la comunidad. Por ejemplo, una comunidad puede tender más hacia la alabanza, la intercesión, la liberación, la sanación, la hospitalidad o algún otro carisma. Posteriormente, ha de discernir los carismas de cada miembro de la comunidad y garantizar que estos carismas se ejerzan en armonía.

Como aconseja el apóstol Pablo en su epístola a Timoteo, el líder se esfuerza por procurar que los carismas de cada persona se usen de la mejor manera:

«Por esta razón te recuerdo que reavives el don de Dios que hay en ti por la imposición de mis manos, pues Dios no nos ha dado un espíritu de cobardía, sino de fortaleza, de amor y de templanza» (2 Tim 1,6-7).

¿Cómo llegar allí?

■ Desarrollando una mirada objetiva hacia las personas a fin de prepararlas para que el Espíritu actúe en ellas como desee;

■ Ejercitando la paciencia y la perseverancia: la paciencia para exhortar, animar, amonestar y aconsejar para que el Espíritu pueda actuar libremente;

■ No teniendo miedo de entregarse al Espíritu Santo;

■ Creyendo en los carismas y acogiéndolos plenamente;

■ Orando para que broten en el corazón de la comunidad, y

■ Estimulando a las personas para que se ofrezcan generosamente a servir a la comunidad.

El líder debe atreverse a arriesgarse por la fe y a abandonarse. Esto no siempre es evidente. Cada exhor-

EN ESTA EDICIÓN

Ejerciendo el liderazgo profético:

El don de animar

Denise Bergeron

La cultura de Pentecostés:

¿Qué es? ¿Es un sueño o una misión?

Preguntas a la Comisión Doctrinal de ICCRS:

¿Qué debe hacer una persona nueva en la Renovación si su cónyuge no ha sido bautizado en el Espíritu Santo?

“
Un auténtico líder es aquel que no tiene miedo de entregarse al Espíritu Santo.
”

tación espera una respuesta. La respuesta solo puede venir de la persona. Algunas veces será difícil animar a alguien cuando esa persona está luchando contra temores, egoísmo, timidez y vulnerabilidades. Mons. D. Gilbert Louis, obispo de Chalons en Chanpaña, recordó un día a los jóvenes que «el Señor no escoge a los cualificados, sino que cualifica a los escogidos».

¿Cómo animar?

Animamos siendo alegres, amables y modestos. Los dones y carismas están enraizados en la gracia del bautismo. Somos bautizados para ser enviados. El líder tiene la responsabilidad y el deber de hacer posible que cada uno experimente la riqueza de su bautismo. ¿Cómo?

Animándolo a:

- alimentarse de la Palabra y dejar que opere en el corazón de su vida;
- experimentar el poder del Espíritu Santo en la oración y en el corazón de los sacramentos, e
- implorar el Espíritu Santo para ayudarlo a descubrir el don con el que puede servir a la comunidad.

Propiciándole oportunidades:

- durante las reuniones de oración;
- por la imposición de manos;
- con formación y práctica, y
- con la creación de condiciones que permitan el ejercicio de los carismas.

Una comunidad que no tiene carismas no es una comunidad carismática y está en condenada a morir. La gente se desanima. Ahora, ¿cuál es el fruto que muestra que una comunidad está creciendo en la vida en el Espíritu? El fruto principal es la unidad que se manifiesta y se comparte a través del testimonio de cada miembro. La solidaridad de los corazones y las mentes es el testimonio de una comunidad cuyos miembros se animan unos a otros en un continuo deseo de vivir la caridad. La propia comunidad se convierte en fuente de estímulo, ya que cada persona contribuye a la edificación de la comunidad.

«Si uno habla, que sean sus palabras como palabras de Dios; si uno presta servicio, que lo haga con la fuerza que Dios le concede, para que Dios sea glorificado en todo, por medio de Jesucristo, a quien corresponden la gloria y el poder por los siglos de los siglos. Amén» (1 Pe 4,11).

Las cualidades formativa y exhortativa para animar

a) Calidad formativa

Uno de los puntos fuertes de un buen líder es aprender a animar a las personas y a la comunidad en su conjunto al discernir y garantizar el buen orden en la asamblea, lo que permite que el Espíritu actúe como quiere. Se esfuerza constantemente por ponerse bajo la unción del Espíritu Santo para que esta unción se manifieste y

llegue al corazón. Solo con una vida de intimidad con Cristo será más dócil a las inspiraciones del Espíritu y por consiguiente se convertirá en un mentor para sus hermanos.

b) Calidad exhortativa

El entusiasmo en la evangelización se basa en una experiencia personal de la Palabra de Dios en el corazón de nuestra vida. Alentar es exhortar a cada persona a encontrar y desarrollar su propio carisma.

Por ende, el líder no debe dudar en tranquilizar a los asustados, impeler a los tímidos e incentivar a los tibios, es decir, a aquellos que están «corriendo en el sitio».

La conciencia de que somos parte de un mismo cuerpo nos lleva a poner nuestros dones y carismas al servicio de la comunidad.

«Pues bien, Dios distribuyó cada uno de los miembros en el cuerpo como quiso. Si todos fueran un solo miembro, ¿dónde estaría el cuerpo? Sin embargo, aunque es cierto que los miembros son muchos, el cuerpo es uno solo» (1 Cor 12,18-20).

No se trata, pues, de ser un grupo agradable y tranquilo que simplemente mire al líder, sino más bien se trata de saber que el Espíritu Santo tiene sus ojos puestos en nosotros.

El precio que se ha de pagar


Es obvio que el estímulo tiene una gran responsabilidad para toda la comunidad y para la persona misma. Pero el estímulo a veces puede dar lugar a la disputa:

- la negativa a aceptar y ejercer los carismas discernidos;
- la posibilidad de que las personas se equivoquen en el ejercicio de los carismas, y
- la adquisición desordenada de carismas.

El líder debe ser lo suficientemente generoso como para ir a los pequeños y a los pobres. Tendrá también que estar alerta para discernir las manifestaciones de los carismas de la persona y ayudarla a crecer en esta acción del Espíritu.

Conclusión

Ejercer el liderazgo profético es un llamado de Dios. La alegría de ver la acción del Espíritu en el corazón de la vida diaria obliga al líder a alentar, exhortar, difundir la paz y aconsejar. De esta manera, todo el mundo tiene la oportunidad de llegar a la plenitud y ayudar a sus hermanos en su encuentro personal con el Dios de la ternura y el amor. ¿Cómo no alegrarse en el poder de la acción de Dios en el corazón de su vida y su comunidad?

Al aceptar convertirse en líderes proféticos, acogemos el fruto de la efusión del Espíritu Santo, es decir, el florecimiento de la vida, la alabanza, la distribución de dones y los carismas que traen liberación, sanación y crecimiento. Así, nos convertimos en testigos vivos del Resucitado. Como en Pentecostés, los líderes acogen el cumplimiento de la palabra: «Se llenaron todos de Espíritu Santo» (Hch 2,4). 

¿Qué es? ¿Es un sueño o una misión?

■ Jude Muscat



En marzo de 2002, al dirigirse a la Renovación en el Espíritu Santo de Italia, el papa Juan Pablo II dijo: «En nuestro tiempo, sediento de esperanza, den a conocer y hagan amar al Espíritu Santo. Así ayudarán a que tome forma la “cultura de Pentecostés”, la única que puede fecundar la civilización del amor y de la convivencia entre los pueblos. No se cansen de invocar con ferviente insistencia: “¡Ven, Espíritu Santo! ¡Ven! ¡Ven!”».

Desde entonces mucho se ha escrito y dicho acerca de la cultura de Pentecostés. Todos los artículos que he leído al respecto son muy buenos e interesantes. Aunque no pretendo ser original, pues estoy seguro de que no he leído todos, pensé en abordar el tema desde una perspectiva diferente. Espero que esto sea un aporte válido a la gran variedad de ideas y una buena contribución al debate en curso.

Cultura y cristianismo

Nunca es fácil definir cultura. El término se utiliza en muchos contextos y disciplinas diferentes. Su definición varía de un contexto a otro, a veces es demasiado ancha y otras demasiado restringida. En documentos católicos nos encontramos con tres definiciones importantes: el sentido general, el cual abarca toda la humanidad; la visión elitista y reduccionista de la cultura, como la de los poetas, artistas e intelectuales, y, por último, la descripción antropológica: la manera en que las personas viven, se organizan y celebran la vida. Entiendo que el concepto antropológico es más apropiado para el término «cultura de Pentecostés».

De acuerdo con mi propósito, me gustaría definir la cultura como una compleja combinación de realidades que hacen y animan a las personas. Es la suma total de conocimientos, comportamientos, acciones y reacciones, moral y costumbres, artes e ideas, historia y visión de un grupo de personas. Este es mi intento aficionado de reunir tanto las realidades físicas como los valores fundamentales de la cultura. El papa Juan Pablo II escribió que «la cultura debe considerarse como el bien común de cada pueblo, la expresión de su dignidad, libertad y creatividad, el testimonio de su camino histórico» (Christifideles laici 44).

Evangelización de la cultura

Es evidente, a mi parecer, que cuando el papa Juan Pablo II habla de la cultura de Pentecostés, no se refiere a una representación homogénea y rígida de Pentecostés. En las dos citas anteriores se habla de «la convivencia amistosa entre los pueblos» y se refiere a «todos los pueblos» al definir cultura. El papa Pablo VI escribe: «hay que hacer todos los esfuerzos con vistas a una generosa evangelización de la cultura, o más exactamente de las culturas» (Evangelii nuntiandi 20). Creo que este es un concepto muy importante que todos debemos entender. ¡El cristianismo tiene una lengua y una misión! Además de todo ello, las diversas confesiones cristianas tienen su propio lenguaje con el que dialogan con el mundo y, si eso no fuera suficiente, las diversas realidades y movimientos eclesiales en la Iglesia católica tienen su propio lenguaje y comportamientos con los cuales se comunican, dialogan y viven su fe. Esto me hace pensar si realmente estamos contribuyendo a la expresión de la dignidad, la libertad y la creatividad de toda cultura humana. Tal vez estamos ignorando estas diversas realidades culturales y simplemente proyectándonos hacia ellas, lo que reduce el cristianismo, o la Renovación Carismática, por así decirlo, a una serie de códigos éticos y actitudes de comporta-

miento, creando nuestro propio tipo de cultura, sin ser determinantes en el enriquecimiento de otras culturas con la Verdad. ¡Tal vez simplemente queremos que la gente se una a nuestra cultura! En Evangelii nuntiandi, el papa Pablo VI escribe: «La ruptura entre Evangelio y cultura es sin duda alguna el drama de nuestro tiempo, como lo fue también en otras épocas» (núm. 20). El papa Pablo VI define el problema con palabras claras, mientras que Juan Pablo II insta a los laicos a reunir ambos de nuevo, ya que «solo desde dentro y a través de la cultura, la fe cristiana llega a hacerse histórica y creadora de historia» (Christifideles laici 44).

Podemos elegir ser el trigo que baila con el viento del Espíritu, mientras al lado de nosotros esté la maleza bailando otra melodía. Esto, creo yo, sería una mala interpretación de la parábola de Mateo 13. Tal vez tenemos que escuchar la maleza y aprender el ritmo de su música. Jesús caminó a lo largo del camino con los discípulos hacia Emaús (Lc 24,13-34), los escuchó atentamente; escuchó su versión de las cosas, su historia, sus miedos, sus ideas erróneas, sus desilusiones, escuchó y bailó a su ritmo, mientras respiró la verdad que cautiva y transforma el corazón.

Cultura y Pentecostés

Mirando desde esta perspectiva, la noción de «cultura de Pentecostés» tiene mucho sentido para mí. La novedad y la frescura de las cosas tal como propone el evangelio de Juan, especialmente en los primeros cuatro capítulos, hablan no solo de las cosas nuevas, sino del poder que es dado a todos para ser hechos hijos de Dios por medio de la efusión del Espíritu Santo (Jn 1,12-13). La rigidez y las normas de la religión establecida necesitan una nueva luz, un nuevo poder, una nueva libertad que transformen el corazón y lo conviertan en morada del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo (Jn 14,23). En el diálogo con Nicodemo, Jesús se encuentra con la religión como una telaraña normativa de «qué hacer» y «qué no hacer», una religión del discurso y de las formas de comportamiento establecidas, Jesús se encuentra con una cultura y le infunde vida: «Tienen que nacer de nuevo» (Jn 3,7).

El Pentecostés le da vida a la religión. El Pentecostés edifica la Iglesia y las comunidades; el Pentecostés une a las personas en el abrazo de Dios. Por lo tanto, brinda una cierta flexibilidad a la religión, no en el sentido de hacerla relativa o subjetiva en cuanto a culturas o personas, sino como una fuente de riqueza. El Espíritu Santo transforma el núcleo y resalta la belleza en todas las culturas. La cultura de Pentecostés transforma la cultura de la muerte en una cultura de la vida, la cultura del egoísmo en una cultura de la solidaridad, la cultura del trabajo y del poder en la cultura de la vida.

Una misión, no un sueño

La proclamación del Evangelio a todas las culturas es, a mi parecer, el mismísimo corazón de la nueva evangelización. Esto solo es posible si la Iglesia cede el paso a la cultura de Pentecostés. Nunca podrá haber una neoevangelización si no es pentecostal, puesto que nos permite participar en el triple oficio de Cristo Profeta, Sacerdote y Rey. Es solo a través de Pentecostés que la fe se hace vida. La fe no funciona en el vacío, sino que es un don dado a todos, es un don que opera en el corazón de todos los pueblos, de todas las culturas. La fe nace y se nutre del Espíritu Santo y se manifiesta en la vida de las personas de todo el mundo. Por esta razón, la cultura de Pentecostés se inicia desde la persona y se extiende a la comunidad que edifica los pueblos y las culturas, traídas a la vida y unidas por la cultura de Pentecostés, como pueblo de Dios. 🏡



PREGUNTAS A LA COMISIÓN DOCTRINAL DE ICCRS

La Comisión Doctrinal de ICCRS, actualmente presidida por la Dra. Mary Healy, consulta con teólogos y especialistas de todo el mundo.

Si tiene alguna pregunta sobre la RCC, envíela a newsletter@iccrs.org

¿Qué debe hacer una persona nueva en la Renovación si su cónyuge no ha sido bautizado en el Espíritu Santo?

Permítanme comenzar con una anécdota personal. Al principio, tuve un increíble encuentro con Jesús y recibí la efusión del Espíritu Santo, lo que trajo una gran bendición a mi matrimonio. Durante los dos años precedentes, mi esposa había estado profundamente triste por mi insistencia en el uso de anti-conceptivos. Al llegar a su fin de forma repentina esa época de nuestra vida, mi esposa se llenó de gran alegría. Pero muchos de los nuevos cambios —mi fascinación por Dios durante todo el día, la lectura de las Escrituras hasta bien entrada la noche, la preocupación por orar hasta incluso dejar tareas incompletas y la absorción en reuniones de oración— afectaban el equilibrio de nuestro estilo de vida. En un momento dado, mi esposa me puso contra la nevera y me gritó: «¡Ni siquiera te conozco!».

Es evidente que nuestro matrimonio había perdido su lugar prioritario en mi mente y en nuestro hogar... y ninguno estaba contento con eso. En mi pesar, me quejé con Dios: «Tú empezaste esto, Señor; ahora tienes que ayudarnos». Y porque él es fiel, lo hizo.

Puesto que el bautismo en el Espíritu Santo viene a menudo abruptamente, esto puede causar una gran tensión al matrimonio. Uno se pone eufórico por comenzar a conocer «verdades espirituales» en términos espirituales (1 Cor 2,13), mientras que el otro puede sentir solo la consternación de un nuevo tipo de distanciamiento. El cónyuge carismático puede sentir que un camino totalmente nuevo se le ha abierto, pero el otro no lo puede ver o no puede participar en él.

Los votos del matrimonio son solemnes y exigen un profundo sentido de «unidad indisoluble» (CIC 1641). En lo que se refiere a los votos matrimoniales, contraídos «para bien o para mal», el bautismo en el Espíritu Santo se encuentra entre la «mejor» de todas las cosas que habrían podido suceder. Que no haya ninguna ambigüedad en cuanto a si el bautismo en el Espíritu Santo de uno de los cónyuges es intrínsecamente bueno. ¡Lo es absolutamente! Y, sin embargo, existe la posibilidad de la «división», como Jesús profetizó en Lucas 12,51, donde la reconciliación se alcanza a través de una gran gracia y docilidad.

San Francisco de Sales enseñó en su Introducción a la vida devota que el patrón propio de devoción debe siempre concordar con el propio «estado y vocación» de vida. De hecho, advierte que una forma de devoción «cuando es contraria a la vocación de alguno, es, sin la menor duda, falsa». La devoción carismática debe evitar las formas falsas que puedan dañar un matrimonio por ser imprudentes, desproporcionadas o inoportunas en relación con el progreso en la gracia del otro cónyuge. Estas son algunas consideraciones para el cónyuge carismático:

■ Que haya reverencia por el don maravilloso de haber sido bautizado en el Espíritu Santo. A través de uno de los cónyuges Dios ha entrado en el hogar de una manera especial. ¡La esperanza de la gloria para el matrimonio y la familia ha ganado un nuevo potencial impresionante!

■ Al mismo tiempo, este don requiere de una gran bondad para con el otro cónyuge, el cual puede creer sinceramente que algo ha ido mal en lugar de bien. (Hay que recordar que algunas de los presentes en Pentecostés pensaban que los apóstoles estaban borrachos). Debe haber una profunda empatía marital, ya que una nueva y poderosa dimensión misteriosa ha llegado al hogar.

■ Cuando el Espíritu Santo comienza a exponer las áreas de pecado marital y familiar, el cónyuge carismático debe buscar el consejo de un sabio confesor o director espiritual. San Pedro hace referencia a una de las dimensiones de este problema, enseñando que las esposas pueden convencer a sus esposos por su conducta, sin una palabra, «fijándose en su conducta intachable y respetuosa» (1 Pe 3,1). El comportamiento más convincente se presenta como el fruto natural del propio crecimiento en la santidad. Pero a veces la «conducta intachable y respetuosa» requiere de un cambio en la vida mutua de los cónyuges (la anticoncepción es un ejemplo perfecto). La resolución de tales asuntos amerita oración, amor, valentía, fe y consejo. Puede surgir un gran drama, exponiendo nuestra última dependencia en la acción del Espíritu Santo, el cual debe ser el agente de nuestra transformación. Esto exige una fe firme pues «el que los llama es fiel, y él lo realizará» (1 Tes 5,24).

■ No debemos actuar como si nuestra felicidad fuese rehén hasta que el otro cónyuge «entre». En cambio, ¡alegrémonos! Con inmenso amor, Jesús se deleita en estar dentro del matrimonio. Note la dulzura de la autoinvitación de Jesús: «Zaqueo, date prisa y baja, porque es necesario que hoy me quede en tu casa» (Lc 19,5). Jesús es el Emmanuel, maestro en estar con nosotros así como somos, partiendo siempre de este peregrinar terreno hacia un futuro glorioso.

■ Por último, el cónyuge carismático solitario está llamado a tener una gran confianza en el principio de san Pablo: «El amor nunca deja de ser» (1 Cor 13,8). El amor de Dios que ha sido profusamente derramado por el Espíritu en el corazón del cónyuge (cf. Rom 5,5) tiene un propósito: es una marea creciente que elevará todos los barcos en el hogar. A lo largo de esta situación, la fe, la esperanza y el amor son esenciales; pero sobre todo porque estamos hablando del matrimonio, «la más grande es el amor» (1 Cor 13,13). 🏠

Respondida por el Diác. Bob Ervin (Michigan, USA).